Yo no te olvidé

Yo no te olvidé

Emilia Corral Bosch

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Julio de 2026

Depósito legal: SE 3067-2026

ISBN: 979-13-7060-546-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Emilia Corral Bosch
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A mi querida hija Prema,

con todo mi amor

Mientras callé se consumían mis huesos,

rugiendo todo el día,

porque día y noche tu mano pesaba sobre mí.

(Salmo 31)

Testimonio de vida…

Manuel

Tenía veinticuatro años, y hacía cuatro meses que me había casado con Manuel, poco tiempo después de conocernos. Fue una decisión inconsciente y precipitada, carente de verdadero amor, de sentido, de fundamento; una tremenda estupidez que me llevó directamente al infierno.

Creí que casarme sería la salida a mi situación un tanto desesperada en la que estaba, pues ni sabía qué hacer ni a dónde ir, y ese paso que di en falso se convirtió en un callejón sin salida, en una trampa mortal. Tenía alma bohemia, pero me faltaba el coraje suficiente para aventurarme en ese mundo que se me hacía del todo intangible.

Aquel matrimonio estaba irremediablemente condenado al fracaso desde un principio, porque carecía de la más mínima base o fundamento en que se pudiera sostener.

¿En qué estaría yo pensando para dar semejante paso y creer que él sería mi tabla de salvación?

Ahora pienso que ese paso lo di por miedo, para evitar enfrentarme a mí misma, y, por otro lado, quizás la experiencia formaba parte de mi destino.

Soy la mayor de seis hermanos; desde muy pequeña asumí con naturalidad esa responsabilidad que la mayoría de los hermanos mayores asume con respecto a sus hermanos más pequeños, de colaborar con los padres y ayudar a cuidarlos.

Siempre fui obediente y me porté bien; me gustaba jugar con mis hermanos, aunque también disfrutaba y agradecía los momentos en que podía jugar sola. Hasta que llegué a la adolescencia, coincidiendo además con la muerte de Franco y la caída

de la dictadura, y surgió de mis entrañas, como de la noche a la mañana, la rebeldía, la oposición a la autoridad que, como buen militar, mi padre representaba. Todo eso unido, además, a las ansias de libertad.

Mi familia no cabía en su asombro; para ellos fue como vivir un auténtico golpe de Estado en su propia casa. Y en cierta forma lo fue, porque tal vez fuera necesario. Con el paso del tiempo, la convivencia con mi madre se fue haciendo insoportable cuando mi padre no estaba, pues pasaba más tiempo navegando que en casa.

Especialmente, mi madre se ensañaba conmigo por cualquier tontería. A mis hermanas no les exigía lo mismo que a mí, porque decía que yo no era rencorosa. A su lado no encontraba paz.

Harta ya de tener que aguantar sus suplicios, hablé seriamente con mi padre sobre el comportamiento de ella y le pedí que mirara de llevarla a un médico para que la ayudara. Me reuní con él y mis hermanos. Él reconoció que no estaba bien, porque también a él le hacía la vida imposible, pero cuando tuvo que tomar una decisión, se echó atrás, justificándola, diciendo que estaba nerviosa porque nosotros, sus hijos, no nos portábamos bien.

Mis hermanos guardaron silencio, a pesar de que estaban padeciendo lo mismo que yo, pero prefirieron callar.

Yo tenía dieciocho años, di la cara y un paso al frente para intentar poner remedio a la situación. Me arriesgué demasiado, mi padre no me respaldó y mi madre lo consideró como una traición y no lo pasó por alto. Así que ella se creyó con mayor derecho para seguir torturándome. Mi padre le concedió ese derecho.

Nosotros vivíamos en Ferrol, La Coruña. Mi padre era gallego y mi madre andaluza. Para alejarme de la situación y escapar de mi madre, me fui a Cádiz con mi abuela materna y mi tía, y ahí conocí a Manuel. Fue por pura casualidad.

Entré en una panadería preguntando si tenían pan integral; me atendió un hombre joven muy sonriente y, al ver por mi acento que no era de por allí, se interesó por mí y me dijo que volviera al día siguiente, que me lo conseguiría. No sé por qué, pero al día siguiente volví a la panadería. Y aunque no tenía pan integral, estuvimos hablando y quedamos para vernos al día siguiente para pasear y hablar sobre poesía. Encontré en él alguien en quien podía confiar, un amigo. Yo me sentía sola y él también.

Compartí con él mis inquietudes; dudaba entre dedicarme a la vida bohemia o seguir la tradición y sentar la cabeza. No encontraba mi lugar en el mundo. Él me aconsejaba que no me fuera, porque yo le gustaba de veras y quería estar conmigo.

Manuel cojeaba al caminar, y a veces disimulaba con una sonrisa un gesto de dolor, y finalmente, un día me contó que cuando tenía doce años tuvo un accidente de tráfico en el que murieron su padre y dos de sus hermanos. Él era el menor, quedó malherido y estuvo a punto de morir, pero sobrevivió, aunque las secuelas del accidente le habían dejado profundas cicatrices, y de ahí la cojera, pero esa no era toda la verdad. Y cuando intimamos por primera vez, descubrí para mi sorpresa que llevaba una pierna ortopédica, porque lo cierto era que, a consecuencia del accidente, le habían amputado la pierna derecha por encima de la rodilla.

Manuel tenía casi treinta años, y me contó que nadie más que yo le había visto la pierna amputada. Y esa íntima confidencia me atrapó y se transformó en un chantaje emocional. Él había confiado en mí, se había abierto a mí y yo no podía decepcionarle rechazándole. Le creí frágil y vulnerable, despertando en mí cierto sentimiento de compasión, que compensaba la falta de amor que sentía hacia él, porque, para empezar, y dada mi pésima experiencia hasta el momento, comenzaba a creer que eso del amor no era algo que estuviera destinado para mí.

Aquel hombre, Manuel, me necesitaba, me quería, a su manera, y deseaba formar una familia conmigo, y me dije a mí misma que, quizás, fuera mi oportunidad para sentar la cabeza y hacer felices también a mis padres, que tan desilusionados estaban conmigo.

Tres meses después de conocernos me propuso matrimonio y acepté, aunque no muy convencida, pero él logró animarme y convencerme. Me ofreció estabilidad, ya que tenía la panadería, para que yo me dedicara a escribir, a dibujar y desarrollar mi parte creativa, que era lo que realmente me apasionaba. Él se mostraba muy entusiasmado con mis poemas y dibujos y me animaba a que me dedicara a ello. La creatividad siempre ha sido importante en mi vida de una forma u otra. Algo vital.

Pero lo cierto es que cuando me casé (nos casamos por lo civil), la creatividad se esfumó. No soportaba verme escribir o dibujar. Se transformó en un monstruo; se volvía loco de celos por todo y por nada. Sus celos eran totalmente infundados; yo no le daba ningún motivo, y tampoco los necesitaba, porque con su enfermiza imaginación le bastaba y sobraba.

Comenzó a tener como una especie de ataques en que perdía el control, me pegaba y me amenazaba con matarme. Yo me quedaba paralizada de terror, sin atreverme ni siquiera a respirar, y poco a poco, el pánico se fue instalando en mi cuerpo, y me consumía por dentro y por fuera; adelgacé mucho, estaba sin fuerza, sin ilusión, sin vida. Un fracaso más que añadir a la lista, y, llegados hasta aquí, prefería morir que enfrentarme a mis padres.

Manuel tenía sus propios problemas que proyectaba sobre mí. Yo era para él la causa de todos sus males, y de esa forma depuraba su trauma no superado con la pierna amputada y su culpa por haber sobrevivido a su padre y sus hermanos. Estaba realmente enfermo y necesitado de ayuda profesional, pero él justificaba todo

su malestar conmigo. Añadido a todo eso, estaba profundamente decepcionado con los testigos de Jehová, con los que acababa de romper después de muchos años formando parte de esa comunidad, y les guardaba mucho resentimiento.

Mi vida junto a él se convirtió en un auténtico infierno y hasta en su cara llegué a ver al mismísimo diablo. Ante su presencia, mi cuerpo se echaba a temblar, y por las noches me dormía con el corazón en un puño, porque a veces me despertaba gritándome y golpeándome. No tenía paz ni de día ni de noche. Después de sus ataques, recobraba la cordura y me pedía perdón llorando, diciéndome lo mucho que me quería y que no volvería a hacerlo, aunque enseguida añadía que yo siempre le daba motivos y que a él le costaba controlarse.

Lo cierto era que me castigaba por tener yo dos piernas y él solo una; y yo no sabía qué hacer para remediarlo. No podía soportar verme correr o saltar. Ese verano no pude ni pisar la playa, porque él no podía ir. Incluso me empezó a doler una pierna y cojeaba un poco, pero ni con esas logré aplacar su ira.

Estaba sola ante el peligro, durmiendo con mi enemigo, y asumí que mi destino era morir a manos de aquel loco. Mis padres estaban demasiado lejos, y él me llegó a prohibir visitar a mi abuela y a mi tía, aunque vivían cerca.

Manuel había habilitado una rudimentaria vivienda en la trastienda de la panadería. No había ventanas y nadie podía oír mis gritos de terror ni mi llanto.

Un día, para escaparme de él, me escondí horrorizada en el pequeño cuarto de baño que teníamos y cerré la puerta con cerrojo. Él la golpeó lleno de furia, gritándome e insultándome. Yo temblaba de miedo como en una película de terror; se trataba de una auténtica pesadilla de la que quería despertar.

Era tal su rabia que fue capaz de romper la puerta con el puño, astillándose todo el brazo. Y cuando consiguió abrirla, de un manotazo me lanzó por el aire con toda su fuerza; caí al suelo y, de semejante impacto, me salió un enorme moratón en el muslo derecho que me duró varias semanas.

Me decía cosas tan horribles que llegué a creerme todos sus insultos; me sentía sucia, despreciable e inútil. La desolación y el desamparo eran tales que encogían mi alma y mi cuerpo. No había esperanza ni futuro para mí.

Pero a pesar de todo, surgió una ayuda inesperada que me salvó de una muerte segura.

Sucedió una mañana de repente. Ya había amanecido, Manuel se había levantado, y yo permanecía aún en la cama con los ojos cerrados, en ese estado entre dormida y despierta, alargando un poco más el momento de abrir los ojos y levantarme. Y entonces, sucedió; era un sueño y al mismo tiempo muy real.

En el sueño sentí una presencia luminosa de la que emanaba un amor inmenso, que nunca antes había sentido; ese ser tan especial rozó mis labios con un beso tan suave y puro como si besara mi alma.

Fue mucho más que un sueño, que me transformó por dentro al instante. El poder de ese sueño fue tal que renovó algo muy profundo dentro de mí, me dio esperanza y me transmitió que mi vida era importante, que debía salvarme y salir de allí cuanto antes.

El beso me despertó de mi pesadilla, abrió la puerta a la esperanza y me señaló la salida a mi desesperada situación.

A partir de ese mismo día, comencé a planear la forma de escaparme. Cada noche, mientras Manuel dormía a mi lado, repasaba en mi mente todo lo que debía hacer de forma detallada, ya que

sabía que dispondría de poco tiempo para coger lo más necesario antes de salir corriendo.

Era un entrenamiento concienzudo y en silencio, que me permitía prepararme para cuando llegara el momento y no quedarme paralizada por el miedo ante la idea de que Manuel apareciera de pronto y me pillara. Solo de pensarlo me hacía estremecer, pero rápidamente aprendí a controlarme para no levantar sospechas.

A pesar de mis temores, sentía una confianza plena en que lograría liberarme. Y cuando se presentó el momento, pocos días después, me sentí preparada para dar el paso que debía dar.

La oportunidad se presentó antes de lo que yo imaginaba, y me armé del suficiente valor para llevar a cabo el plan de huida que me había propuesto.

Esa mañana, cuando Manuel se fue a hacer unas compras con un amigo, me quedé a cargo de la tienda. Tan pronto se marchó, aproveché para recoger las pocas cosas de valor que tenía, como mis cuadernos y algunos dibujos que consideraba mis tesoros, y algo de ropa; sabía que debía ir ligera de equipaje. Me temblaba todo el cuerpo, pero no permití que el miedo me paralizara; dejé los pensamientos a un lado y salí corriendo.

Al cruzar aquella puerta sentí algo precioso en mi corazón, sentí a Dios en mi interior. En aquel tiempo, había dejado de creer en muchas cosas y también en Dios.

Eso que sentí en ese preciso momento fue un maravilloso regalo, que sinceramente no me esperaba en absoluto, porque no me sentía especialmente digna de recibir algo así, dada mi baja autoestima.

Tan extraordinario sentimiento me llenó de fuerza y coraje, y en aquel mismo instante, cuando crucé la puerta, sentí que cogía

las riendas de mi vida, profundamente libre y dueña de mi destino, como nunca antes lo había sentido.

La esencia de ese sueño me acompañó y la guardé como un tesoro en mi corazón.

Septiembre de mil novecientos ochenta.

Mi abuela paterna

Me escapé de Manuel, y de nuevo estaba ante una encrucijada: ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? Me costaba volver con mis padres y, aun así, sabía que volver era lo correcto. Asumí lo que aparentemente parecía un fracaso, aunque yo me sentía profundamente liberada y con renovadas ganas de vivir.

Volver no resultó fácil. Mi separación suponía una desgracia que costaba encajar. Mi madre intentó persuadirme para que volviera con Manuel, diciéndome que él me quería, y que si perdía los nervios era porque yo tenía un carácter difícil. Le conté tímidamente, porque me daba vergüenza, sobre las palizas y las amenazas de muerte, pero no me hizo mucho caso, como si fueran cosas mías; excusas para no ser una mujer como Dios manda.

Fue duro no encontrar comprensión ni apoyo en mis padres. Para mi madre, guardar las apariencias siempre fue lo primordial. Le importaba demasiado eso del qué dirán.

Solo viví seis meses con Manuel; la experiencia me marcó de tal forma que durante años tuve pesadillas, me despertaba sobresaltada en mitad de la noche y me calmaba al comprobar que él ya no estaba a mi lado.

A mis padres les costaba asimilar mi nueva derrota; sus reproches e incomprensión agudizaban aún más mi sentimiento de culpa y de fracaso total. Me sentía rota por dentro por todo el dolor que estaba sufriendo; no quería ser una carga para mis padres, pero tampoco sabía qué podía hacer ni hacia dónde dirigir mis pasos.

Me había separado y eso, en mil novecientos ochenta, se vivía como una deshonra para la familia. No existía la ley del divorcio, y